

Música callada

La noche junto al álbum, de Álvaro García

Vicente Gallego

Hay un tipo de arte que trabaja con sentimientos para contagiar su emoción, habla de grandes pasiones que nacen o son contrariadas. Le ayuda a éste el peso propio y la emotividad de los temas; le traiciona a veces, sin embargo, lo repetido de los mismos y la facilidad con que caen en la exageración. Es el caso (salvadas las caídas), por ejemplo, y entre tantos otros, de un Quevedo, o de casi toda la lírica del barroco español, por no mencionar la caricatura de nuestro romanticismo, claro.

Pero existe también otra clase de arte, mucho más infrecuente, que prefiere tomar las sensaciones como materia prima. No interesa aquí tanto lo terrible de un desengaño amoroso como la atmósfera que rodeaba ese momento, menos la pérdida de la infancia que el recuerdo de alguna de sus tardes más secretas, un color infrecuente del cielo, la inclinación del sol en aquel cuarto, o una vieja cancela que se cerró para siempre. Los nombres de unos músicos ejemplifican perfectamente esta concepción: Debussy, Mompou, Erik Satie o Brian Eno con su "Música discreta".

Álvaro García pertenece a la segunda estirpe, los poemas de **La noche junto al álbum** son pretendidamente contenidos, intentan turbar al lector a través de la sutilidad, del detalle. No le interesa al poeta agarrarnos por las solapas, ni imponernos el peso de un desastre moral, y mucho menos desnudar sus heridas ante nosotros para obtener así nuestra solidaridad. Álvaro García busca lo más difícil, y no por rizar el rizo, sino porque así es su personalidad, intenta hacernos partícipes de lo que es a veces tan etéreo que el poema sólo puede insinuarlo, y eso es lo que consigue en los mejores casos.

Es natural que en una poesía tan basada en el misterio cotidiano de las cosas, la infancia cobre un gran protagonismo, porque es en ese período cuando el mundo se nos presenta más desconocido y más intenso. En el poema titulado "A Gabriela" leemos "el domingo en el campo solía terminarse/ inseguro y oscuro como la carretera/ de vuelta a la ciudad" y en ese instante tan común, ya casi

olvidado, nos devuelve el poeta la magia que un día nos embargó, la intensidad de un episodio con apariencia vanal. En “Noche en esta ciudad” encontramos los siguientes versos: “esta misma visión lo lleva hoy/ a la primera vez que vio el quiosco/ cerrado, a la impresión de extraña muerte/ que le produjo ver una ciudad/ distinta a la del día”, de nuevo la insistencia en un universo sorprendente por cuanto tiene aún de continuo descubrimiento en los hechos más vulgares y repetidos, pero que vuelven a estremecernos gracias al poder de la palabra, una palabra justa, sugerente, que puede parecernos fácil pero que está completamente calculada.

“La vida se hace digna y objetiva/ y uno termina siendo lo que otros”, escribe el autor, y es esa conciencia sosegada y personal de la *simplicidad* de todo, lo que otorga al libro voz propia, porque en esa aparente igualdad reside la diferencia del que se mueve en un mismo universo que los demás pero sabe percibirlo y transmitirlo con toda su magia complicada y oculta. No se descarta, para conseguir este propósito, la utilización frecuente, aunque muy sutil, de la ironía: “Este último otoño de Facultad de Letras,/ mira el ocio sensato de los *gentlemen*/ y, al final de la copa, imagina la vida de su lado./ Todos tienen carrera y todos están tristes”.

Álvaro García ha sabido reunir para nosotros esos instantes desapercibidos que luego solemos olvidar y a los que, sin embargo, no podemos negarles una alquimia especial, un estremecimiento verdadero, y esto por medio de un verso cuidado y limpio, medido y contenido, que acostumbra a ser el heptasílabo, el endecasílabo o el alejandrino, pero manejados con una soltura y un sello especial que nos hacen reconocerlos como suyos, sin descartar la curiosidad de la sextina “Tren de vuelta”, una de las estrofas más complicadas de la prosodia castellana, de la que sale sorprendentemente airoso. Una poesía difícil y a la vez sencilla, dicha a media voz, que no pretende sorprender, aunque sí encantar, seducir discretamente, porque como en esas grandes pasiones que el tiempo va mudando en cariño y cortesía, su única ley, la que no se extingue y ata de verdad, es la ternura.